

estudiar ó de graduarse en las universidades del Estado, ó con los maestros que de ellas han salido.

D. Basta oír esa definición para que salte á la vista la contradicción en que incurren los monopolizadores, porque al grito de libertad se la niegan para enseñar á todos los que no son hechuras suyas ni piensan como ellos.

M. Es la mayor de las contradicciones y la más odiosa de las tiranías. Esos hombres proclaman la libertad de pensar y de escribir, y luego suprimen la de enseñar, que al cabo no es más que una parte de la otra; sacuden, como oprobiosa á la razón, la sumisión á la autoridad de Dios, y exigen que nos sujetemos á la enseñanza del Estado: por ahí verás los males que de esta enseñanza se seguirán.

D. El menor serán los costosos sacrificios pecuniarios que se necesitan para estudiar.

M. Grandes son esos; pero el mayor mal son los errores que pueden enseñarse por maestros independientes de toda vigilancia de la Iglesia. Porque si aun con maestros doctos y pios es necesaria la vigilancia, porque al fin no son infalibles, ¿qué sucederá cuando el profesor sea un incrédulo? En filosofía enseñará el panteísmo, en historia el fatalismo, en derecho el regalismo, en moral el utilitarismo, en política el liberalismo.

D. ¿Y los discípulos saldrán como el maestro?

M. Es la regla general. De suerte que en vez de jóvenes católicos saldrán panteístas, materialistas, ateos, etc. A quien quiera entender la verdad, basta lo dicho. En la enseñanza la libertad debe permitirse sólo á la verdad, de ningún modo á la mentira y al error. Vuelvo á recordarte lo que enseña sobre este asunto el Papa Leon XIII (1).

(1) En la Encíclica que se trajo en la primera Parte.



Terceer Mandamiento.

DIÁLOGO XI.

Por qué hay fiestas.—El domingo.—Fiestas suprimidas.—Magnificencia de los templos.—Templo de Salomón.—Canto en las iglesias.—Ceremonias religiosas.—Tiendas.—El amo manda trabajar.—Ley contra el trabajo en las fiestas.—Ociosidad.—Empleo de las fiestas.—Recreo honesto.

POR QUÉ HAY FIESTAS.

M. A un soldado lo primero que se le exige es que no sea infiel á su bandera entrando en pactos con el ejército enemigo; en segundo lugar, que no falte á la subordinación debida á su jefe; y por fin que ejecute con exactitud sus órdenes: ¿no es así?

D. Así es, pero no veo á qué venga esa alusión.

M. Es comparación que trae santo Tomás para hacer ver el nexo gradual de los tres mandamientos que miran directamente al honor de Dios: porque en el primero se veda el pasarse al campo de Satanás con falsos cultos: en el segundo, cualquiera irreverencia contra su divina Majestad; y viene luego el

tercero, prescribiendo el culto exterior que positivamente hemos de darle (1).

D. ¿Entonces, nos tocará hablar del santo Sacrificio de la Misa?

M. Lo haremos al tratar de los mandamientos de la Iglesia.

D. Pues ¿de qué vamos á hablar hoy? ¿de la obligacion de no trabajar?

M. Antes querria yo tratar otro punto por lo menos, y es la razon de por qué hay fiestas.

D. Para mí basta con que la Iglesia lo mande, y Dios en sus mandamientos.

M. En efecto, que esa es la razon de las razones y bastante para todo buen católico. No obstante, para prevenirte contra las necias impiedades que, si no es hoy, oirás mañana, iba á explicar un poco á fondo este punto.

D. Como gustéis.

M. En otra ocasion oimos ya, que sólo el impío es capaz de negar que debemos los hombres dar culto á Dios, y no sólo en particular y como individuos aislados, sino públicamente y como miembros de la sociedad en que vivimos.

D. Cierto que sí.

M. Esto supuesto, nada más natural que dar un tiempo determinado á ese culto: así lo hacemos con el sustento, con el sueño y demás cosas necesarias (2). Ese tiempo se ha dignado el mismo Señor elegirlo, señalándonos, por sí y por su Iglesia, el dia del domingo y otras fiestas, sin perjuicio de lo que á cada uno dicte su devocion.

D. Antiguamente se celebraba el sábado en vez del domingo, ¿no es verdad?

(1) 1. 2. q. 100. a. 6.

(2) 2. 2. q. 12, a. 4.

EL DOMINGO.

M. El sábado es el dia en que Dios Nuestro Señor cesó de criar el mundo, y por eso era el más propio para agradecerle con nuestros cultos todos los beneficios que en la creacion se encerraban; pero desde que Nuestro Señor Jesucristo resucitó en domingo, volviendo como á criarnos en ese dia á la nueva vida de la gracia, el domingo es ya dia señalado por Dios para conmemorar la magnificencia de sus dones (1).

D. Pero si Dios no ha señalado más que un dia á la semana ¿cómo luégo se han ido añadiendo más fiestas?

M. Dios las añadió para los israelitas; como diciendo: á los otros pueblos que no han recibido de mí sino beneficios comunes, bátales dedicarme un dia que los recuerde todos; pero á vosotros á quienes he regalado, como á hijos queridos, con revelaciones, milagros y patrocinio amorosísimo, señalo otros dias, conmemorativos de los mayores beneficios.

D. Nada más justo; y ¿por lo mismo habrá la Iglesia instituido ciertas fiestas?

M. Por lo mismo, y para grabar más en el pueblo fiel los misterios de la fe que en tales dias se celebran.

FIESTAS SUPRIMIDAS.

D. Eso me suscita otra idea contraria, y es: ¿cómo entónces la misma Iglesia ha suprimido en estos últimos tiempos tantas fiestas? Yo he oido achacarlo á falta de firmeza en la autoridad eclesiástica.

M. La Iglesia no puede aprobar cosa mala, como seria v. g. suprimir todas las fiestas; pero puede

(1) S. Thom. opusc. de Decem præceptis.

dispensar en sus propias leyes atemperándose á las miserias de sus hijos. Donde los ve tan dados á las ganancias terrenales que apenas se puede obtener la observancia de los domingos, disminuye las fiestas para disminuir los pecados. Podemos lamentarnos de la disminucion de las fiestas, pues lamenta la Iglesia la causa que la motiva; pero quejarnos de la conducta de la Iglesia, jamás: ese sería espíritu jansenista.

D. ¿No querreis dar á entender con eso que el seguir guardando, como algunos hacen, esas fiestas suprimidas, sea tambien espíritu jansenista?

M. Dios me libre, ántes en ello se da un consuelo á la Iglesia: siempre empero que no se haga creyéndose aún obligados, y con el ánimo de aparecer más católicos que el Papa, queriéndole enmendar la plana.

MAGNIFICENCIA DE LOS TEMPLOS.

D. Ya que hablamos de fiestas ¿no podríais explicarme para qué todo ese aparato en el culto, y tantas músicas que convierten en una especie de concierto las grandes solemnidades? Parece sería mejor poner toda la atencion en el fervor del espíritu, y esa pompa, de que Dios no necesita, reservarla para cuando tratamos con los hombres, que se pagan casi solamente de exterioridades.

M. No usamos esplendor en el culto porque Dios lo necesite, sino porque lo exterior brota espontáneamente de lo interior, y lo fomenta; y los hombres ménos espirituales conciben grande idea de la Religion al ver el esmero y decoro que en todo lo del culto se emplea. Así que, aunque no puede decirse que Dios se pague de esas exterioridades, pero se complace en la magnificencia del culto.

TEMPLO DE SALOMON.

Habias de haber visto el oro, mármol y toda suerte de riquezas que acopió David y empleó Salomon, por orden del mismo Dios, en el templo de Jerusalem, sombra, nada más del templo católico.

D. Alguna idea conservo de lo que leí de niño en la historia sagrada. Recuerdo que dice: No se verá en él piedra alguna, por estar techumbre y muros forrados de cedro incorruptible, y hermoeados con pinturas varias y símbolos hechos á cincel y á torno: todo ello, y tambien el pavimento, cubierto de oro.

M. ¿Y recuerdas cuántos eran los sobrestantes mientras se construía? que tambien lo dicen las sagradas páginas.

D. Más de 3.000 creo que eran.

M. Sí; 3.300; y si la Escritura no lo atestiguara lo tendríamos por fabuloso. Catorce días duró la dedicacion, y en ellos, conforme á los ritos prescritos por el mismo Dios, se inmolaron 22.000 bueyes y 120.000 ovejas (1).

D. ¡Qué despilfarro! dirian algunos.

M. Así habló Judas cuando la Magdalena vertió sobre la cabeza del Salvador el bote de exquisito unguento, añadiendo, para disimular su avaricia, que fuera mejor darlo á los pobres.

D. Lo mismo dicen muchos hoy.

M. El Evangelio añade que á Judas no se le daba nada de los pobres; que si sintió se derramase el bálsamo, fué porque era codicioso.

D. Efectivamente, que tampoco esos que hoy lamentan la riqueza del culto son los más limosneros.

M. Por lo comun los que dan á las iglesias, dan

(1) 3. Reg. c. 5. y c. 6.

á los pobres, porque uno y otro nace de un mismo principio religioso. El Salvador encomió á la Magdalena, y la Iglesia colma de elogios á cuantos la imitan. Todos los ricos que han sido santos, cuentan entre sus principales virtudes la liberalidad para con el culto divino.

D. En España no hay necesidad de leer sus vidas: basta abrir los ojos y ver nuestras catedrales y monasterios. Nuestros abuelos apenas usaban grandeza y lujo sino en la casa de Dios.

M. Porque tenían mucha fe. En nuestro siglo la fe languidece en muchos; y de ahí las quejas y lamentos que, con capa de piedad, lanzan hoy ciertas personas contra la solemnidad del culto; quejas jansenísticas censuradas con el jansenista conciliábulo de Pistoya, como temerarias é injuriosas á la misma Iglesia, y aun con más graves notas (1), en la Bula—Auctorem fidei—de Pio VI.

CANTO DE LAS IGLESIAS.

D. Creo no tildaréis también de jansenista el deplorar esos cánticos teatrales que en algunas fiestas se oyen.

M. La Iglesia es la primera, no sólo en deplorar, sino en reprender, y tomar medidas para reprimir los abusos. Ya san Jerónimo vituperaba á los que cantaban en la iglesia como en el teatro, no para mover á devoción, sino para ostentación propia y deleite de los que oyen.

D. Yo les he oído excusarse con que así atraen á la Iglesia gente que, si nó, no vendría, y que una vez dentro, si entre canto y canto sube un predicador al

(1) Pueden verse las proposiciones 31, 32 y 33 relativas á esto.

púlpito y les descarga una metralla sobre la muerte ó el infierno, tal vez los que entraron para pecar salgan llorando sus pecados.

M. No se han de hacer males para que vengan bienes. San Agustín en el libro de sus Confesiones se duele y se confiesa de la falta que creía haber cometido «dejándose mover más del canto que de las cosas que se cantaban, y añade que preferiera no haber oído el tal canto.»

Oye como habla de esas músicas el Papa Pio IX:

«Amargamente nos lamentamos, dice, de la costumbre de usar en los templos consagrados al Dios omnipotente una clase de música siempre condenada por los cánones y por las leyes de nuestros predecesores; la cual, siendo enteramente profana y al modo que se suele en los teatros, modula con tal encanto y tan exagerada dulzura la voz, que no sólo embelesa el oído, sino que hasta corrompe á menudo el corazón (1).» Pero basta de músicas.

CEREMONIAS RELIGIOSAS.

M. Una palabra sobre las ceremonias religiosas. Creo que no serás de los que quisieran eliminar las que aprueba la Iglesia.

D. Claro que no, y contra esos basta lo que acabamos de platicar sobre el canto y majestad del culto.

M. Tienes razón. Con todas las personas de respeto usamos ceremonias, ó reglas de urbanidad y decoro: esto es natural al hombre; y por eso Dios mismo enseñó en libros enteros las ceremonias que con él quería guardarse su pueblo, y escogió nada menos que una duodécima parte del mismo pueblo para que, de

(1) En carta al maestro Capucci, 2 de Diciembre de 1855: Scavini, número 339, vol. 4, edit. XI.